

Claudia Korol*

LA SUBVERSIÓN DEL SENTIDO COMÚN Y LOS SABERES DE LA RESISTENCIA

PENSAR EN EMANCIPACIONES, no como ejercicio teórico, sino como construcción de nuevos sentidos, en un tiempo de ofensiva conservadora, de guerras e invasiones, de recolonización del continente, constituye un enorme desafío, que coloca como un tema central la necesaria batalla cultural. Esta se vuelve imprescindible no sólo para criticar sistemáticamente las ideas y valores, sentidos y sentires con que se pretende sostener la dominación capitalista, patriarcal, racista, de las elites de Occidente, sino también –y fundamentalmente– para forjar nuevas ideas, sentimientos, valores, que abran posibilidades y oportunidades a la búsqueda apasionada y apasionante de humanizar la vida.

La creación de territorios subjetivos de libertad, en espacios y tiempos que pretenden ser acorralados, domesticados o marginalizados desde el poder, requiere de un gigantesco esfuerzo de invención, que contribuya a que los movimientos populares, desafiando los duros límites impuestos por las políticas de sobrevivencia, el acoso represivo y judicial, las marcas de la impunidad en los cuerpos –que aún llevan abiertas y expuestas las heridas– y las tentaciones de las políticas de cooptación, puedan atreverse a soñar no sólo esfuerzos cotidianos de

*Educatora popular. Coordinadora del equipo de educación popular Pañuelos en Rebeldía.

resistencia, sino también la posibilidad de cambiar el mundo, peleando simultáneamente contra todas las formas de explotación, opresión y dominación.

Pensar en emancipaciones, en el contexto actual, y más allá de los textos de moda, implica dar cuenta de la fuerza que adquieren en los imaginarios construidos desde el poder los sentimientos de impotencia, de resignación, de apatía, y la consecuente búsqueda de atajos en respuestas pragmáticas, inmediatistas, posibilistas, y la descalificación de toda idea libertaria, considerada como retórica del pasado.

Recrear un imaginario rebelde nos involucra colectivamente en la necesidad de deconstruir de manera compleja, sistemática, profunda, aquellas nociones que resultan pilares del sistema capitalista y patriarcal, tales como mercado, propiedad privada, familia, progreso, desarrollo, frontera, Estado. Significa no sólo proponer nuevas nociones, sino fundamentalmente nuevas prácticas solidarias que las vayan constituyendo.

La subversión del sentido común es un paso imprescindible para atrevernos a desear una transformación de nuestras concepciones y acciones políticas, desafiantes del sistema cultural que multiplica, reproduce y refuerza la dominación. Para avanzar en esta dirección, debemos nutrirnos de las acumulaciones culturales realizadas por nuestros pueblos, en el enfrentamiento a la colonización, a la conquista, a las políticas imperiales, en los saberes forjados en las resistencias anticapitalistas, así como en las batallas libradas por los movimientos de mujeres y las organizaciones que expresan la diversidad sexual, contra los usos y costumbres patriarcales.

La crisis civilizatoria que atraviesa el mundo actual se expresa de muchas maneras, pero fundamentalmente en el hecho de que quienes detentan el poder mundial conducen a la sistemática destrucción –en nombre del “progreso” y del “desarrollo”– de la naturaleza y de una gran parte de la humanidad; y también en las fuertes limitaciones de las fuerzas anticapitalistas, a la hora de proponer y llevar adelante modelos diferentes que superen aquellos paradigmas. No alcanza con la proposición o las prácticas de una mejor distribución de la riqueza, con lo importante que estas pueden ser para salvar la vida de millones de personas. La sobrevivencia del planeta exige repensar los modelos de industrialización, las nociones de crecimiento que, fundadas en la lógica de obtención de máximas ganancias para las transnacionales, subestiman o desprecian lo que estas modalidades tienen de destrucción de los bienes naturales, de contaminación de tierras y aguas, de agotamiento de especies que forman la biodiversidad.

En este contexto, existen variadas formas de resistencia popular motivadas por la desesperación ante las políticas excluyentes o por

las necesidades de sobrevivencia; resistencias que rehacen la dignidad negada por las políticas que sustituyen el trabajo por el tráfico de mendrugos; resistencias frente al avasallamiento de la soberanía nacional o popular; resistencias basadas en la defensa de la identidad cultural, de género o de opciones diversas y desafiantes del patrón hegemónico. Para que estas variadas resistencias se vuelvan proyectos emancipatorios, es necesario que se desarrolle, simultáneamente, una reflexión crítica sobre la realidad que vivimos, y la formulación teórica y práctica de caminos para cambiarla. Ello requiere, por lo tanto, una dimensión pedagógica.

La pedagogía emancipatoria es, en esta perspectiva, un espacio de producción colectiva de conocimientos, a partir de prácticas sociales históricas de lucha por la vida, la libertad, la justicia, la autonomía. Es un proyecto político cultural que promueve la creación social de teorías que nos permitan interpretar y revolucionar la vida, a partir de las experiencias de los movimientos populares, de sus búsquedas de comprensión y de transformación del mundo, de diálogo entre los distintos sectores que participan de las luchas sociales, y de estos con quienes en diversos ámbitos investigan, estudian, y piensan críticamente las dinámicas de la vida social. Se trata de un diálogo que permite a sus protagonistas volverse sujetos históricos de las transformaciones, autores de relatos que rehacen el mundo, designando con palabras antiguas, e inventando si es necesario nuevas palabras, que nombren el proyecto, los sueños, el sendero o la diversidad de senderos elegidos, rechazando los lugares alienantes que les son asignados –como fuerza de trabajo ocupada o desocupada, ejército de reserva, base para la manipulación de diversas instituciones políticas o religiosas, consumidores, excluidos y excluidas, objetos de estudio, objetos sexuales, máquinas reproductivas, objetos decorativos, etcétera.

Los saberes acumulados por los pueblos requieren ser reapropiados en los fértiles momentos de encuentro de teorías y prácticas, mediados por la iniciativa grupal y las acciones de los movimientos sociales y políticos. Creada y recreada a partir de distintas experiencias históricas de resistencia, con un fuerte anclaje en los aportes de la educación popular, la pedagogía emancipatoria implica un punto de vista concreto dentro de las corrientes que se reconocen en este campo, que se distingue de aquellas que se han vuelto sostén de prácticas asistencialistas, de enfoques políticos populistas o de concepciones que subestiman la autonomía de los sujetos en la creación de nuevas perspectivas para sus vidas. No es, por lo tanto, una pedagogía *para* los oprimidos, sino una pedagogía *de* los oprimidos y oprimidas, que se crea en la lectura crítica del mundo y en la escritura con actos y pensamientos de nuevas formas de vivir, de organizarse, de creer y de inventar la historia.

LA SUBVERSIÓN DEL SENTIDO COMÚN

Un obstáculo que encuentran los movimientos populares en sus batallas cotidianas es el peso del sentido común, que modela nuestras subjetividades individuales y colectivas.

El poder ha venido adquiriendo sofisticación en la manipulación autoritaria del sentido común, realizada a través de los medios masivos de comunicación, la influencia de las iglesias, las sectas, la educación escolar, la familia y las instituciones que organizan, homogeneizan y disciplinan nuestras creencias, formando consenso a la dominación.

El sentido común es básicamente conservador, y actúa como *naturalizador* de las diversas opresiones.

La *subversión del sentido común* implica desnaturalizar las opresiones, descubrir sus mecanismos, sus responsables, quiénes son los opresores y quiénes somos oprimidos y oprimidas. Qué intereses se defienden o reproducen con la opresión. Y sobre todo, *cómo se vuelve insoportable vivir y convivir con estas opresiones*.

El sentir como insoportable las opresiones implica un paso adelante en la posibilidad de dar batalla contra las injusticias. Es no sólo aprender a reconocerlas, sino forjar sentimientos de rabia, indignación, intolerancia ante las mismas. Rebelión visceral, que tal vez no pueda realizarse en lo inmediato, pero que se vuelve –mediada por las búsquedas colectivas– animadora de gestos de desobediencia ante los mandatos que nos subordinan.

La *subversión del sentido común*, punto de partida de la pedagogía emancipatoria, atraviesa ideas, sentimientos, creencias, resultando en consecuencia un proceso complejo de desaprendizaje y aprendizaje que rehace y crea sentidos, que toca los miedos, los dolores, los sueños, las esperanzas individuales y grupales, las utopías posibles, la fe y las crisis de fe, las posibles creencias, empujando desde todas las fuentes de energía de los hombres y mujeres, jóvenes, niños y niñas, ancianas y ancianos, acciones humanizadoras de la vida.

Subvertir el sentido común implica comprender también cómo se introyecta en nosotros y nosotras la cultura de la dominación. Significa cambiar nuestras percepciones sobre lo que son conductas “naturales” y lo que son valores y actitudes eficaces para dominar. Significa “aprender” y “aprehender” que el cambio cultural y el social no sólo son necesarios, sino que son deseables y posibles de ser realizados.

Sin embargo, esta transformación que es individual y es colectiva implica un gran riesgo, ya que no se resuelve simplemente en una diferente formulación de las ideas que tenemos sobre el mundo, sino que atraviesa nuestras nociones más profundas, nuestras prácticas cotidianas, nuestra manera de estar en la vida y en la historia. Implica por lo tanto crisis personales y colectivas; cuestiona aspectos fundantes de

nuestra identidad, como la estructura familiar, las creencias religiosas, el respeto a los saberes emanados desde los diversos poderes –desde los superpoderes que se expresan a través de actos de gobierno hasta los micropoderes del médico que decide o tiene la pretensión de decidir sobre los cuerpos de las mujeres, por ejemplo.

Es por ello que la subversión del sentido común no puede resultar solamente un acto de autocrítica personal o de toma de conciencia individual. Es necesario unir esta dimensión a las posibilidades que generan las prácticas colectivas, las propuestas grupales, comunitarias, para afrontar los riesgos de la crisis de nuestras identidades individuales, y también intentar cambios, sabiendo que existen soportes en red para nuestras posibles caídas. El “estar juntos o juntas” en el ejercicio de las diferencias o de las desobediencias hace que estas no sean fácilmente aislables, marginales, y por lo tanto condenables. La fuerza del encuentro, la grupalidad, la creación de espacios comunes para sostener la desconfianza y la desobediencia –real o virtual– ante el sistema crean identidades que refuerzan la autoestima y la capacidad de desafío del sistema, haciendo más creíbles las rebeldías para sus mismos actores. La reunión de las impaciencias, de los malestares frente a lo que se percibe como injusto, es un camino de sostén de estos malestares, ya no como “problemas” individuales, susceptibles de ser resueltos o marginados por el sistema, sino como elementos que al juntarse comienzan a constituirse en desafíos al sistema. La reunión de las rabias crea el espacio para que estas amenacen ya no a sus portadores, sino a quienes las generan desde el ejercicio del poder.

La subversión del sentido común es la socialización de la sospecha frente a lo que se presenta como lugar común, como natural, como dado, como eterno.

No alcanza con desnudar las variadas formas de alienación. No se trata de un ejercicio de esgrima entre dos saberes enfrentados y dos lógicas opuestas en la interpretación del mundo. Por ello, en la subversión del sentido común y de los sentidos dominantes, cobran relevancia el deseo, la pasión, la alegría.

Unir el deseo a la transformación social resulta esencial para animarnos a poner en juego nuestras vidas, para disponernos a batallas prolongadas que no tienen punto final, porque implican una y otra vez revolucionarnos y revolucionar el mundo en que vivimos.

El deseo, como la pasión y la alegría, fueron muchas veces despreciados por los movimientos revolucionarios, influenciados por las concepciones judeocristianas del sacrificio. Sin subestimar que el sacrificio y la entrega –incluso de las propias vidas– son parte del riesgo cotidiano de quienes asumen la opción de cambiar al mundo, no es bueno confundir una consecuencia posible –e indeseable– de las luchas con las motivaciones de la misma.

La valorización del deseo implica la crítica al sentido común, modelado para condenar al placer, a la sexualidad, a la alegría, proponiendo en su lugar el disciplinamiento de los cuerpos y su control. El culto sacrificial judeocristiano es castrador de las potencialidades patriarcales que fortalecen esas concepciones, que reproducen los fundamentalismos, en la disociación política de cuerpos e ideas, dentro de los procesos sociales, especialmente en los esfuerzos educativos disciplinadores.

Romper la trampa de asociar revolución o militancia a dolor y sacrificio, pasando esta vida en el purgatorio para alcanzar el cielo en alguna otra vida, es fundamental para que la subjetividad de quienes intentan transformar la vida se vaya constituyendo desde una lógica diferente. No será desde el lugar de las víctimas, ni desde la nostalgia de lo perdido, desde donde podremos imaginar un mundo más deseable. No será desde organizaciones que reproducen lógicas cuarteleras, o desde escuelas de formación de militantes en las que –como en la escuela de la domesticación– el momento más esperado es el del recreo.

Formar luchadores o luchadoras sociales altamente subversivos implica estimular la multiplicación de artistas populares, que sueñen las revoluciones –las grandes y las pequeñas, las perdurables y las efímeras– como gigantescas obras creativas en las que las perspectivas individuales y colectivas crean las dimensiones multicolores de una forma y de una luz que asombran, por su tonalidad y su fuerza antes desconocidas.

Es la pasión puesta en la obra, es la alegría en el tiempo de su realización concreta, y en el tiempo también subversivo de la fiesta y de la celebración, lo que atrae en la obra emancipatoria.

La subversión del sentido común implica enfatizar en los movimientos populares y su reflexión la sistemática crítica de la vida cotidiana, y la formación de nuevos vínculos basados en la solidaridad, la cooperación, la creatividad, la rebeldía frente a lo establecido como dominación. Es la insubordinación frente a una hegemonía cultural burguesa, blanca, androcéntrica, racista, homofóbica, xenófoba, guerrerista. Es un encuentro alegre y fraternal de sueños y cuerpos, imaginación y prácticas sociales desafiantes del orden mundial.

Es la pedagogía que juega y se juega reinventando el mundo, al recuperar empresas y ejercer el trabajo sin patrones, la que corta las cercas del latifundio y comienza a levantar, en los terrenos ocupados, junto a la siembra cooperativa de semillas no transgénicas, escuelas, salas de salud, lugares de fiesta, modalidades de vida comunitarias.

La batalla que se libra en la vida cotidiana es insustituible para la formación de nuevos vínculos sociales, en los que se ejercitan valores antagónicos a aquellos que consolidan y reproducen las distintas dominaciones.

No se trata de proclamar una sociedad solidaria en un futuro a conquistar, sino de vivir cotidianamente la solidaridad en las organizaciones, movimientos, proyectos productivos o de comunicación alternativa.

La experiencia pedagógica de vivir otros valores es fundamental no sólo para pensar en la posibilidad de derrotar al capitalismo y al patriarcado, sus valores, su cultura de muerte y de dolor, sino también para creer que una nueva sociedad es posible y atrevernos a deseársela, y para transitar el camino de las incertidumbres, con la alegría que produce asistir al asombro de la creación colectiva.

LA DESMERCANTILIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES

El capitalismo plantea una gran disputa, tendiente a golpear nuestra confianza en la posibilidad del cambio. Para ello recurre no sólo a la modelación del sentido común conservador, sino también –y de manera muy especial– a romper los ejemplos solidarios por la vía de su destrucción, su mercantilización o su cooptación.

Existen numerosas muestras de la capacidad que ha demostrado la cultura neoliberal para privatizar experiencias autogestivas, mercantilizar las relaciones sociales, corromper líderes y dirigentes, domesticar las rebeldías, en función de garantizar la sobrevivencia o un mejor lugar en el estatus de reconocimiento que establece el sistema.

La exclusión, que afecta a una gran parte de la humanidad, actúa como un fabuloso chantaje sobre la subjetividad popular. La cultura de sobrevivencia, desarrollada como respuesta inmediata a la exclusión, lleva la impronta del cortoplacismo, la desesperación, la necesidad de rápidos resultados, empantanando los esfuerzos en las duras batallas cotidianas que se agotan en reproducir una y otra vez una vida miserable, cuando no se puede evitar morir por enfermedades curables, por desnutrición, por depresión o por represión.

Construir respuestas colectivas a la exclusión, en las que al mismo tiempo se ejerciten vínculos basados en valores solidarios, de libertad, es un desafío fundamental en esta batalla. Se trata de derrotar la cultura capitalista de dominación en nuestras prácticas cotidianas.

Pero los esfuerzos ligados exclusivamente a la sobrevivencia van achicando el horizonte de sus protagonistas. Superar los límites actuales, empujar el horizonte, ampliar las búsquedas, implica que al mismo tiempo que reproducimos la vida producimos nuevas relaciones sociales, antagónicas a las que construyen los mecanismos de opresión; formas de organización de la producción o de la distribución realmente solidarias, y también vínculos solidarios, más equitativos y cooperativos en las relaciones de género. Combatir el machismo, el racismo, la homofobia, la xenofobia, el verticalismo, el hegemonismo, las jerarquías autoritarias, en el día a día de los

movimientos populares, favorece una ampliación de su potencialidad contrahegemónica.

Los territorios de exclusión han sido ámbitos privilegiados para el despliegue de la corrupción, de la mercantilización de conductas y voluntades. Las políticas asistenciales funcionan como una fuerte maquinaria de clientelismo y despolitización de las relaciones sociales. Pero también han sido ámbitos de ampliación de la cultura de la dominación –en estas décadas de predominio de la posmodernidad– los espacios institucionalizados de la política y muchos ámbitos académicos, las instituciones religiosas, las sectas, las políticas empresariales de comunicación de masas, la industria del miedo y de la inseguridad, los partidos, los tribunales de administración de las injusticias y los parlamentos.

La transformación de los militantes en administradores de planes asistenciales, en ejecutores de políticas compensatorias de la miseria, en empleados de ONG, ha venido mercantilizando la propia concepción de la militancia, vuelta en muchos casos formas de sobrevivencia individual, en *carrera* política o académica, en colección de vanidades.

En este contexto se reforzaron los caudillismos, la acción política a través de punteros, el canje de opciones políticas por ayudas económicas, la justificación supuestamente teórica de las políticas de gobernabilidad, la multiplicación del pensamiento adocenado al dictado de las financiadoras o del Banco Mundial. Por este camino, se degradaron las ideas que inspiran la militancia que opta por la transformación social. Recuperar la dimensión ética de la militancia, desmercantilizar las relaciones sociales, revolucionar las ideas y prácticas revolucionarias, es parte de la creación de valores que desafíen la cultura capitalista.

La práctica histórica nos ha demostrado, incluso en las experiencias realizadas en nombre del socialismo, que la batalla contra la fuerza ideológica y cultural del capitalismo es sumamente desigual. El culto al mercado, el “fetichismo de la mercancía”, ha impregnado diversas concepciones del cambio social, incluso las anticapitalistas. La tensión entre el proyecto y el proceso generalmente se resuelve a favor de las urgencias inmediatas de los movimientos –o de los procesos revolucionarios–, diluyéndose la reflexión crítica sobre las deformaciones que estas respuestas van imprimiendo paulatinamente en los movimientos, y propagándose diversas modalidades de corrupción y reversión de dichos proyectos, transformándolos muchas veces en sus contrarios.

La batalla tiene dimensiones culturales, sociales, políticas, económicas y éticas. La cultura neoliberal ha golpeado especialmente los valores éticos. Las prácticas de los movimientos revolucionarios y de las organizaciones populares, en muchos casos, han sucumbido al me-

nosprecio de estas dimensiones, subordinándolas a lógicas del poder y de las necesidades y urgencias cotidianas.

La desmercantilización de las relaciones sociales es una dimensión cotidiana de nuevas modalidades de socialización, en las que los proyectos anticapitalistas pueden ejercer el enorme desafío de practicar lo que se enuncia como proyecto, encarnándolo en las vidas de hombres y mujeres que intentan vivir una ética del encuentro, en la que nos una el amor y no el espanto, la solidaridad y no la desesperación, el proyecto común y no la simple oposición a lo existente.

UN EJERCICIO CONTEXTUALIZADOR

Observar la situación de los movimientos populares en Argentina en los años posteriores a la rebelión del 19 y 20 de diciembre de 2001 nos permite constatar la fuerza que el sentido común conservador y las relaciones mercantiles establecen aun en los nuevos movimientos populares forjados al calor de la rebelión. Su disciplinamiento se ha realizado recurriendo a la coerción, pero también y en gran medida, utilizando plenamente los recursos económicos para condicionar a las organizaciones formadas en los territorios de exclusión, como los movimientos piqueteros, las empresas recuperadas, las asambleas barriales.

La pinza tendida entre la distribución de la asistencia y el acoso judicial sobre las prácticas *desprivatizadoras* con que nacieron estos movimientos fue domesticando la energía rebelde de muchos de ellos.

Es importante observar cómo desde el Estado y el gobierno se ha logrado disciplinar los conflictos sociales, manipulando una y otra vez las esperanzas, la necesidad de creer en alguien o en algo que cambiaría casi mágicamente el rumbo histórico.

Desde la salida de la dictadura, en Argentina, han venido emergiendo sucesivos liderazgos políticos que se presentaron como esperanza de transformación para amplias franjas del pueblo. Cada uno de estos liderazgos (Alfonsín, Menem, Chacho Álvarez, etc.) ha cooptado ideológicamente a militantes políticos, intelectuales, movimientos sociales, organizaciones de derechos humanos, artistas, comunicadores. Es la fuerza que adquiere la manipulación de la esperanza, en una historia devastada por sucesivas desapariciones (desapareció una generación de luchadores, desapareció el trabajo, desaparecieron ideas-fuerza constitutivas de la Nación, desapareció el control sobre los bienes de la naturaleza, desaparecen valores y desaparecen sueños). La enajenación atraviesa la subjetividad popular, y tiene una base en la pérdida de confianza en los sentidos que reforzaban nuestras identidades individuales y colectivas.

El kirchnerismo aparece con fuerza en este momento, por su capacidad de crear, con base en ese extrañamiento, la ilusión de recons-

titución de un nuevo sujeto histórico, con proyecto y esperanzas, deseos y posibilidades reparatorias. La sola denuncia de las contradicciones entre la retórica kirchnerista y los mecanismos manipulatorios de la miseria –que son los que por el momento predominan como políticas concretas– no alcanza para horadar los sentidos de epopeya con los que amplias franjas de militancia se suman al proyecto (militancia proveniente tanto de la izquierda tradicional como de los sectores hasta ayer menemistas o radicales). La sensación es que el “todo” de la batalla política se juega en los límites de las frágiles alianzas constitutivas de la actual gobernabilidad.

Pero no podemos analizar esta situación sin mencionar al menos los mecanismos que han venido desarticulando una y otra vez los procesos organizativos del pueblo. La capacidad de cooptación y de disciplinamiento de las rebeldías no puede interpretarse sin considerar que en la creación del imaginario colectivo que impregna esta experiencia se ponen de manifiesto los límites de las concepciones políticas que marcaron ideológicamente a las experiencias forjadas en los años setenta.

Aquí es necesario distinguir entre el peso que tiene en nuestra subjetividad individual y colectiva –como compañeros y compañeras, como madres o como hijos e hijas de “los 30 mil”– la “mística” de una generación que entregó sus vidas por transformar la realidad de dolor y sufrimiento de nuestro pueblo y el ideario que una significativa parte de la misma sostuvo, tanto en sus corrientes peronistas como en las diferentes corrientes de izquierda. Es necesario proponer un debate en el que podamos mirar críticamente lo que hubo en estas concepciones de límites –como parte también de un tiempo histórico– y reconocer lo que subyace de las mismas como concepciones mesiánicas, que creían fervientemente en el poder de un grupo que podría sustituir el protagonismo activo del pueblo en la realización de las transformaciones sociales necesarias; así como concepciones que, a partir de esa creencia, consideraban relevante el acceso al Estado, para desde allí establecer la dirección política sobre el conjunto de la sociedad.

El desprecio por la autonomía de los movimientos populares, las prácticas de manipulación de la necesidad, la creencia en que el sujeto político se constituye desde las políticas estatales, la corporativización de las demandas específicas, los intentos de homogeneización política compulsiva, el autoritarismo, la subordinación de las diferencias, el hegemonismo y la jerarquización autoritaria de las opiniones no constituyen precisamente novedades en las “formas de hacer política”, sino que resultan fácilmente asimilables en el imaginario popular, porque se nutren de la acumulación cultural realizada por significativas franjas del peronismo y de las izquierdas.

La manipulación de las clases subalternas no es monopolio solamente de los proyectos de dominación capitalista. En muchos casos, en nombre de la necesidad, fue o es asumida por quienes dicen combatirla.

Frente a estos hechos, cabe pensar también en la capacidad que ha tenido el poder, no sólo para corromper, sino para convencer. Para rehacer su hegemonía, sobre la base de algunas de las debilidades de las organizaciones populares: la formación ideológica dogmática, el desprecio por el análisis teórico, el oportunismo, el posibilismo y una pobre atención a la relación entre las palabras y las acciones, entre los valores y las prácticas. Es así, por ejemplo, que organizaciones que durante más de dos décadas han venido fustigando al FMI y a la deuda externa pretenden ahora presentar el pago al contado y por adelantado de esa deuda como un acto de soberanía. O que movimientos que históricamente han defendido a los derechos humanos no denuncian sus violaciones actuales, poniendo “punto final” a esta lucha (un “punto final” que termina siendo clasista, al desentenderse de la criminalización de la pobreza y de la judicialización de la protesta social).

La experiencia argentina nos interpela sobre el conjunto de creencias que tenemos acerca del poder, del Estado, de la política, a la hora de propiciar búsquedas contrahegemónicas o emancipatorias. La facilidad con la que el poder ha restaurado la gobernabilidad, después de las jornadas de 2001, interpela tanto las concepciones espontaneístas –que consideraban que la rebelión, en la medida en que no se institucionalizara, devendría necesariamente en una nueva organización social, fundada en la horizontalidad y en las prácticas de desobediencia– como aquellas concepciones que se contraponían a las primeras, creyendo en que se podría construir una contrahegemonía desde organizaciones similares al Estado, en su jerarquización e institucionalidad, sólo que con un signo diferente. Unas y otras experiencias fueron asimiladas por el poder, en el momento de reflujo del movimiento popular y de superación de la crisis de hegemonía.

LOS SABERES DE LAS RESISTENCIAS Y LA DESCOLONIZACIÓN CULTURAL

Sin pretender resolver teóricamente lo que no ha podido realizarse en las prácticas populares, es sin embargo objeto de este ensayo proponer reflexiones que permitan continuar el debate y estimular nuevas búsquedas. En ese sentido, una cuestión para analizar es la valorización, en las experiencias emancipatorias, de los saberes populares forjados en las resistencias y la necesidad de plantear como meta la *descolonización cultural*.

Los pueblos en nuestro continente han venido acumulando saberes que les han permitido resistir, sobrevivir, crear identidades y mun-

dos diversos. Los *saberes populares* abarcan desde distintas formas de alimentarse y curarse, de contar la historia y las historias, de relacionarse con la naturaleza, de comunicarse, de expresarse artísticamente, hasta múltiples formas de lucha. La cultura dominante –al tiempo que los desvaloriza– intenta apropiarse de estos saberes para integrarlos en su capacidad hegemónica. La batalla cultural contra la transformación de los saberes en mercancías, y contra la concentración de saberes en el bloque de poder, pasa a ser un factor fundamental de la resistencia. Es necesario sostener una batalla específica contra la mercantilización de los saberes y de las formas de vida conocidas, como el patentamiento de las semillas, de las artesanías, de las comidas, de los posibles usos de plantas medicinales y otras formas de saberes populares que pretenden ser privatizados para beneficio de unas pocas transnacionales de la muerte.

Pero la *mercantilización de los saberes* se superpone con las consecuencias de la *colonización cultural*, que en la historia de América Latina ha justificado la opresión, el esclavismo, diversas formas de servidumbre y sometimiento de hombres y mujeres, hasta el genocidio y la impunidad, a partir de la imposición de concepciones racistas, androcéntricas, eurocéntricas, que consideran despreciables las formas de organización de la vida y del saber de los pueblos, e incluso de las elites de los continentes sometidos.

La creación de una sociedad no capitalista, o socialista, o de un mundo en el que quepan todos los mundos –en clave zapatista– requiere ser adelantada en la subjetividad popular, con la sistemática batalla por la *desmercantilización y la democratización de los saberes*, de las relaciones, de los valores, de los vínculos, acompañada con los esfuerzos sistemáticos de *descolonización cultural*.

La jerarquización de los saberes que se realiza desde el poder coloca en la cima de una supuesta pirámide del conocimiento a aquellos conocimientos académicos, científicos, sociales o políticos que reproducen y fortalecen la dominación.

Al mismo tiempo, se desvalorizan los saberes populares, con el sentido de deteriorar la subjetividad de los movimientos, considerándolos, pero sobre todo promoviendo que se autoconsideren en una escala inferior del saber, o como *ignorantes*. En muchos casos, se asocia la idea de *no saber nada* a la de *no poder aprender*. En este aspecto, la educación formal con sus mecanismos de evaluación basados en premios y castigos, y con sus currículas rígidas y descontextualizadas, refuerza la autodesvalorización de quienes van quedando atrás o fuera del sistema escolar.

Si esto es, evidentemente, parte de la estrategia de dominación cultural, porque refuerza las aristas más autoritarias y verticalistas con las que se ejerce la dominación, la conciencia de la misma debería

conducir a la revisión de los modelos de conocimiento y de las concepciones del saber y el poder de los movimientos contrahegemónicos y emancipatorios.

No nos referimos solamente a los contenidos que se enseñan y aprenden, sino a los modos en que se realiza el proceso de aprendizaje. La necesidad de superar la contradicción entre contenidos democratizadores y prácticas pedagógicas autoritarias es condición para generar no sólo nuevas ideas del mundo, sino nuevas actitudes en el mundo.

La democratización de los contenidos y formas de los procesos de aprendizaje y de creación de saberes es parte de la batalla cultural por generar una crítica sistemática a las actuales maneras de ejercicio del poder, y por dotarse de experiencias que permitan creer en otras maneras de relacionarse y de establecer vínculos sociales.

La *pedagogía del ejemplo* tiene una fuerza especial en la formación de una subjetividad colectiva transformadora. La vivencia de otros vínculos posibles tiene más capacidad de educar que las lecturas de textos sobre estos temas –aunque es importante que estas vivencias puedan también ser conceptualizadas adecuadamente.

En muchas ocasiones, los modelos jerarquizados –incluso con las mismas escalas construidas desde el poder– son asumidos de manera acrítica por los movimientos que se creen revolucionarios, y que desarrollan estructuras y concepciones en las que una gran parte de su base social es considerada inferior, o ignorante, de manera tal que sólo podría ser *iluminada* desde el saber que se detenta en la cima... de la organización popular o de los *benefactores* eventuales que interactúan desde las academias, fundaciones y ONG. Muchas veces, en nombre de ideas progresistas, se repiten concepciones y modalidades de un iluminismo elitista que desprecia el saber popular y el papel de los pueblos en la creación histórica concreta. Más de una vez se vuelve, en las fuerzas portadoras de objetivos transformadores e incluso autoconsiderados como revolucionarios, a una pedagogía autoritaria, verticalista, domesticadora, apologética, cultivadora de una estúpida y aburrida solemnidad, que no promueve la creación y la desobediencia, sino el disciplinamiento y el adoctrinamiento, sustituyendo en este camino la creación colectiva de conocimientos por una transmisión de saberes que desarticula la relación teoría-práctica y adormece en el cumplimiento de órdenes y tareas, sin dejar espacio para el ensayo, para la imaginación.

Como contraparte, se desarrollan políticas populistas o concepciones teóricas espontaneístas, que realizan una lectura apologética del saber popular, sin discriminar lo que en él existe de conservador, lo que contiene y reproduce como dominación, contribuyendo a que se abran paso formas de resistencia basadas en la delegación del poder

popular en referentes o líderes de estos sectores, es decir, delegación en “los que saben”. Estas concepciones, presentándose como opuestas a las elitistas, son funcionales a ellas. En ambos casos se desprecia el papel del intelectual colectivo, y el lugar del saber popular en la formación de un pensamiento crítico que sostenga prácticas subversivas del orden establecido.

La sistemática problematización de la relación teoría-práctica, sobre la base de un enfoque multicultural y multidisciplinario, es un componente indispensable en la formación de ideas, sentimientos y valores que posibiliten actuar con capacidad en la transformación del mundo en el que vivimos.

Frente a la homogeneización cultural promovida desde el poder, la valoración de la diversidad cultural y el rescate de los saberes populares se vuelven factores de resistencia.

Si el proceso de colonización ha naturalizado las opresiones en América Latina, estamos asistiendo a un momento privilegiado en el que puede tomar fuerza una identidad latinoamericana que abra las posibilidades de impulsar políticas de integración latinoamericana, antiimperialistas, que creen condiciones para avanzar en la descolonización cultural, sobre la base del reconocimiento de nuestras raíces, nuestra soberanía, nuestros saberes ancestrales y los aprendidos en las resistencias.

Una vez más, el desafío se relaciona con la capacidad que tengan los movimientos sociales de protagonizar activamente estos procesos. No se trata de generar expectativas de transformaciones resueltas desde los distintos liderazgos –diversos por cierto en cuanto a sus intereses y sus compromisos con los pueblos. Tampoco nos planteamos una perspectiva de contemplación de estos procesos.

La pedagogía emancipatoria es, fundamentalmente, una pedagogía de la acción, de la intervención –que no es necesariamente integración.

La subversión del sentido común puede ser, en este contexto, proponer la batalla no por asegurar el mal menor, en el corto plazo, sino para asumir con nuestros cuerpos la totalidad del deseo. Volver a América Latina un territorio de múltiples resistencias a la dominación imperialista, a los fundamentalismos religiosos, a la dominación patriarcal, implica ampliar la movilización y el protagonismo popular desde la base, desde la raíz, desde el corazón de los hombres y mujeres, jóvenes, niños y niñas, ancianos y ancianas.

Tal vez uno de los aspectos más complejos sea sostener con energía la batalla antiimperialista, y al mismo tiempo desarrollar en la base la transformación de las relaciones sociales, creando organizaciones con capacidad de autonomía, basadas en el protagonismo de quienes las integran. Organizaciones en las que los saberes de la resistencia

puedan fortalecer la creatividad individual y colectiva, y la capacidad combativa. Organizaciones cuyos objetivos inmediatos no estén por encima de la decisión de construir espacios en los que se ejerciten nuevas relaciones sociales, tanto en la producción como en la distribución de poderes y de saberes, de representaciones, de sentidos. Movimientos en los que se constituyan relaciones de género solidarias, respeto por los niños y niñas, cuidado de los ancianos y ancianas. Organizaciones en las que sea deseable participar, en las que el encuentro sea usina de energía y de alegría, en las que se viva la posibilidad de imaginar una sociedad basada en vínculos opuestos a los que reproduce la dominación. Movimientos populares que se vuelven tales por la indeclinable defensa de los intereses populares, de los saberes populares, y también por el ejercicio de una metodología popular, en la que no se disocie la vida cotidiana de las estrategias finales. Organizaciones populares que no mercantilicen sus vínculos internos, ni los de la organización con la sociedad y con la naturaleza.

Pedagogía del ejemplo y el deseo, de la resistencia y la rebeldía, de la pasión y la alegría, de la complicidad y el acompañamiento. Táctica y estrategia enamoradas del camino. Vida cotidiana rehaciendo sentidos, e inventando territorios de libertad y solidaridad sobre la base de la movilización político-pedagógica de fracciones del pueblo que van sabiendo lo que saben, y van aprendiendo a ser.

Descolonización cultural que implica re-conocernos, subvirtiendo el sentido común esclavizante, socializando los saberes de la resistencia, y librando una batalla contra todas las formas de explotación y alienación.

Pedagogía emancipatoria que empuja desde la raíz, y que no se aparta de la tierra, aunque con sus ramas acaricia el cielo, y toma por asalto el sueño de los que antes soñaron y regaron con su sangre las posibilidades de una victoria cotidiana. El triunfo de los vencidos, no como una meta del futuro a la cual subordinar sacrificios actuales, sino como una manera de vivir cada día el desafío de reunir nuestros cuerpos deseantes en la vida que rehacemos; que no delegamos, sino que inventamos cotidianamente. Subversión del orden que impone la tristeza y el dolor, para apaciguar las rebeldías. Alegría y asombro, para regar los territorios socializados de una subjetividad que no puede ser domesticada ni integrada, porque inscribe su huella como historia sobre la tierra, ensayando prácticas formadoras de sentires, sentidos y sueños, amasados con rabia y ternura, en el tiempo de los intentos.

